

PodLectio
06/03/2025

Meditación de fray Alberto Pari,
Responsable del Diálogo Interreligioso para la Custodia de Tierra Santa
(Jueves despues Ceniza – Lc 9,22-25)

El evangelio de hoy nos habla del Mesías como Hijo del hombre, expresión de no inmediatamente comprensible, del sufrimiento, de la cruz que, asociadas a la figura del Mesías, no están en perfecta armonía.

En el siglo I, el ámbito cultural judío estuvo fuertemente influenciado por la Ley Mosaica, los profetas y la espera de un Mesías que liberara al pueblo de Israel de la ocupación romana. Los fariseos, saduceos y esenios por nombrar algunos grupos del judaísmo de la época, junto con los rabinos y escribas, fueron figuras fundamentales en la vida religiosa y cultural, pero cada uno de ellos interpretó la Ley de diferentes maneras. El Mesías que muchos esperaban también fue entendido de diferentes maneras, pero todavía visto por todos como un libertador político y militar que restauraría el reino de Israel.

En este contexto, el mensaje de Jesús de un Mesías sufriente, rechazado por los líderes religiosos y asesinado, fue radicalmente diferente de lo que se esperaba. Además, la cruz, símbolo de humillación y muerte reservada a los peores criminales, contradecía las esperanzas mesiánicas tradicionales. Desde este punto de vista, las palabras de Jesús escuchadas hoy son particularmente impactantes para quienes las escuchan.

“El Hijo del Hombre debe sufrir mucho”

Jesús, con estas palabras, anticipa su destino, pero lo hace en un contexto que habría resultado incomprensible para muchos de sus contemporáneos. El "Hijo del Hombre", figura misteriosa de gran autoridad que debía venir a juzgar a las naciones, según las Escrituras (Daniel 7, 13-14), se presenta ahora como quien debe sufrir. El sufrimiento del Mesías no fue previsto, porque el Mesías debía triunfar, no ser derrotado. Pero Jesús, hablando desde la perspectiva de una voluntad divina superior, nos revela que el sufrimiento es una parte inevitable del plan de salvación. Para los judíos de la época, el Mesías habría sido un guerrero triunfante; pero Jesús transforma esta expectativa, indicando que la verdadera liberación no se realiza por la fuerza, sino con la humildad y el sufrimiento.

"Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame"

Estas palabras recuerdan una de las imágenes más poderosas de la espiritualidad cristiana: tomar la cruz. En un contexto judío, la cruz no era sólo una forma de morir, sino un símbolo de vergüenza y maldición (Deuteronomio 21, 23). Para un judío, la cruz era un símbolo de rechazo absoluto por parte de la sociedad y, por tanto, una invitación a seguirla habría resultado escandalosa.

Negarse a sí mismo no significa perder la propia identidad; consiste en dejar de lado el egoísmo, los deseos mundanos y las pretensiones de autonomía para seguir la voluntad de Dios. Este acto de renuncia es una elección diaria, cada día, que exige un compromiso constante.

"El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mí, la salvará".

Esta paradoja de Jesús se inscribe en un contraste fundamental entre la lógica del mundo y la del Reino de Dios. La cultura del primer siglo, y lamentablemente también la de hoy, se deja atraer de la idea de la autoafirmación y de la supervivencia a través de la fuerza. La salvación mediante el autosacrificio no es aceptada. Sin embargo, para Jesús el camino hacia la vida plena pasa por el sacrificio de sí mismo, al igual que su propia muerte en la cruz como medio para la salvación de todos. La vida que salva es la que se gasta por los demás, la que no se aferra al propio bienestar, sino que, por amor a Cristo, se sacrifica y se entrega.

"¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si se pierde o se arruina a sí mismo?"

Aquí Jesús nos invita a reflexionar sobre las verdaderas riquezas de la vida. La cultura judía de la época, centrada en el respeto de las leyes y la búsqueda de la prosperidad material, a menudo caía en la idea de que el éxito exterior era el signo de la bendición de Dios, pero Jesús cuestiona esta visión, poniendo el énfasis en el alma, el corazón y la relación auténtica con Dios, de nada sirve ganar el mundo, acumular riquezas o poder si se pierde la integridad, la relación con Dios, la verdadera vida. El valor de la vida no se mide en términos materiales cuantitativos, sino en fidelidad a Dios y en amor. Hoy, como el ayer, el mensaje de Jesús desafía nuestras expectativas y nuestra forma de pensar. No podemos seguir a Jesús como un simple "salvador" que resuelve todos nuestros problemas terrenales. Jesús nos invita a emprender un camino que requiere sacrificio, renuncia y un profundo cambio de corazón. La verdadera salvación no es la realización de nuestros deseos egoístas, sino la capacidad de vivir según la lógica del Reino de Dios: una vida de amor, de perdón, de servicio y, sobre todo, de ofrenda incondicional por el bien de todos.

"Tomar la cruz" significa seguir a Jesús hasta el final, con valentía, incluso cuando el camino es difícil y nos parece incomprensible. Pero en la cruz encontramos la verdadera vida, la que no pasa, sino que conduce a la resurrección.

Buen itinerario cuaresmal para todos.